



les companyies), una Juani de instituto o una amiga accidental que le cocina tordos con coles.

Cerdó monta unos cuantos retratos lingüísticos formidables: el negro Adonis, la Carmela del servicio de habitaciones del hotel Palmera Playa (con una transcripción creativa del cubano y del andaluz que da vida a mundos y personajes) o el campesino que pilla a Damià robando peras y le regala una caja de higos. La novela está ligada a base de un trabajo de estilo y de lenguaje que llena de sentido el vacío de la vida. Sobre un ritmo muy ágil, en algunos momentos algo sincopado, con muchos diálogos y con soluciones caligramáticas, con unos personajes que siempre encuentran maneras de decir singulares. El suegro, por ejemplo, cuando Damià era novio de su hija, le abría la puerta del piso con un: "Fui g esparver, que àliga ve". O Mariano, el hermano de Catalineta, un joven deportivo que intenta atropellar a Damià con una piragua: "Si penses això ets un pobre Llätzer". Esta manera de construir el texto a base de frases ingeniosas y refranes contribuye a crear el aire de farsa. Infinitud de detalles sostienen la narración como cuñas. La madre sufre un accidente y se rompe "l'os del ballador". La compañera de instituto le habla con "una cara llarga com una pala de rem". La madre de Catalineta, recibe un estirón y "fa tentines com una bitlla parcialment tocada per la bola".

Cerdó explica situaciones, a veces muy episódicas, que tienen una función similar a la de estos juegos de palabras: la escena del campesino que se cae de la barca, que marcha a la deriva con la radio a toda pastilla, o la descripción de un McDonald's con la chica del micrófono de diadema y una cucaracha en la pared. El recuerdo de cuando cazaba pájaros y los hacía volar prendidos de un hilo. La escena final, en el estanque del parque de la Ciudadela, resuelta con refinada delicadeza.

Damià cree que el mundo de hoy castiga la excepcionalidad, que todo va en contra de la libertad y el talento, que está rodeado de gente tóxica que le quiere mal. Podría recrearse en su desgracia, insistir en el tono demacrado de las cosas que escribe en sus cuadernos ("A mi el que em salva és l'escriptura") y pasarse la novela quejándose como tantas veces pasa. Pero en lugar de ello, lleva a la práctica la norma que él mismo se ha creado: "Jo escrivia per satisfer una necessitat distintiva, jo escrivia per localitzar l'epicentre de les meves pors; jo escrivia per produir una diferència; jo escrivia per esquivar el perill d'acabar a tocs i perxades amb tothom."

Esta capacidad distintiva de la escritura da lugar a un libro que es un entretenimiento exuberante, entre la comedia tierna y el des-

Novela Ordovás retrata la desorientada España de principios de los ochenta con los ojos de un adolescente que traba amistad con un yonqui

Ternura brutal

Julio José Ordovás
El Anticuerpo

ANAGRAMA
136 PÁGINAS
13,90 EUROS

JUAN MARQUÉS

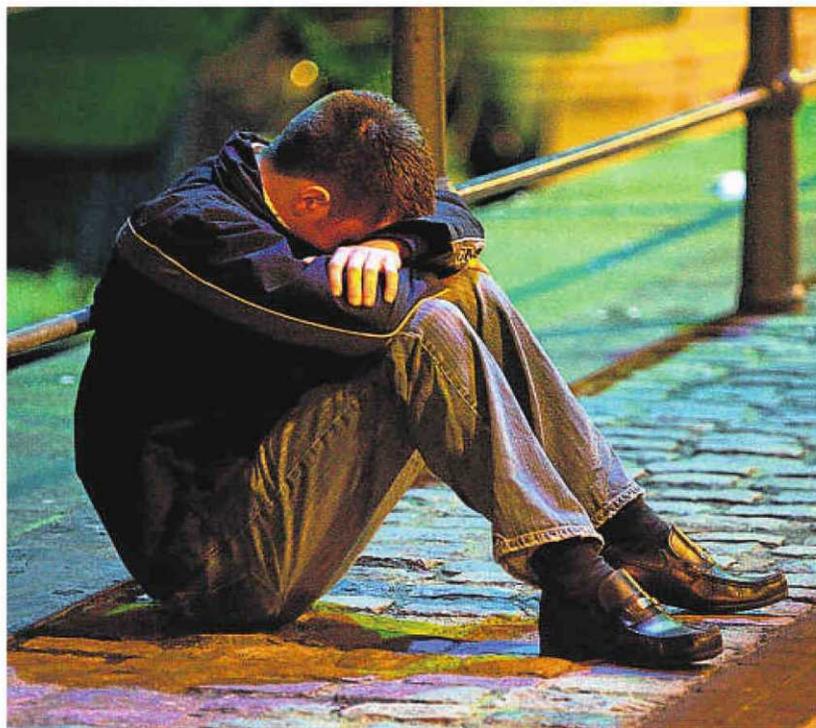
A Julio José Ordovás (Zaragoza, 1976) lo conocimos como escritor consumado hace exactamente diez años, entre las tensas páginas de sus *Días sin día* (Xordica, 2004), en las que daba ya cuenta de sus atormentadas batallas solitarias contra una primera novela que intentaba armar sin éxito, sin seguridad, con una autoexigencia angustiosa, con un perfeccionismo que al cabo resultaba paralizador.

Debutar con un diario que en buena medida, y entre otros muchísimos asuntos, constituía la crónica de cómo no se estrenaba con el libro que hubiera querido ofrecer de principio (una especie de "Así no se hizo mi primera novela") sirvió para conocer mucho más directamente a un escritor de pura raza que después, y aparte de convertirse en el mejor crítico literario de su generación, que es también la mía, se enfrentó con sobresaliente calidad a la crónica de viajes (*Frente al cierzo. Once ciudades aragonesas*, Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2005), a la columna (*Papel usado*, Eclipsados, 2007), al poema (*Nomeolvides*, Universidad de Zaragoza, 2008), a un segundo diario (*En medio de todo*, Eclipsados, 2010) y, por fin, a algunos pocos cuentos entre más versos, siempre narrativos, y algunas magníficas

prosas autobiográficas (*Una pequeña historia de amor*, Isla de Siltolá, 2011), al mismo tiempo que ofrecía en *Pepe Cerdá. Entre dos luces* (Eclipsados, 2011) un ejemplo modélico de lo que ha de ser el retrato de un pintor y, con él, un ensayo verdaderamente literario sobre arte. Al dedicarse profesionalmente a asuntos bien distintos de la escritura puede permitirse leer y escribir así, y el tiempo que otros escritores jóvenes dedican a la autopromoción (por otra parte legiti-



Retrato de Ordovás que ha escrito sobre la amistad de un joven con un heroinómano
VICENTE ALMAZÁN / GETTY IMAGES



ma y comprensible) él puede invertirlo en seguir sufriendo y disfrutando, en escribir sin tregua y tachar sin contemplaciones, construyendo página a página el que probablemente sea el proyecto literario más firme, hondo y honesto entre nuestros treintañeros, y en el que la crítica, el paseo, la necrológica o incluso la entrevista ocupan un lugar menos visible pero al menos tan importante y revelador como los libros citados.

No creo que *El Anticuerpo*, la estupenda novela breve que acaba de publicar, sea aquella que tanto le mortificaba en *Días sin día*, pues dentro de su relativa complejidad es una historia escrita con oficio, con soltura, con ganas, con la convicción de un veterano que sabe bien lo que quiere y, sin intentar genialidades, lo obtiene a la primera, sin aparente esfuerzo. No es desde luego una primera novela al uso, sino más bien una narración propia

A base de frases breves con belleza dura, con imágenes de tremenda fuerza, se desarrolla una 'Bildungsroman'

de alguien experimentado, hecha con eso que llamamos técnica pero ante todo con la libertad insuperable que proporciona el talento. No hemos podido leer últimamente muchos libros que contengan en sus primeros compases un párrafo como este: "El cielo ya se había quitado el jersey. Una gran nube con alas de dragón perseguía a una pequeña nube con orejas de conejo. El mundo olía dulce, sonaba dulce y sabía dulce, a fruta robada. No podíamos estarnos quietos. La luz nos hacía cosquillas. Teníamos tanta hambre que nos olvidábamos de la merienda, corriendo de un lado para otro en busca de problemas".

A base de frases breves como esas, con esa belleza dura, con imágenes de tremenda fuerza, se va desarrollando una *Bildungsroman* yonqui, una novela narrada, sin ninguna afectación pero con altura, desde el punto de vista de un adolescente, casi un niño, en un pueblo de la desorientada España de los primeros años ochenta. El mundo del protagonista se amplifica y se desdobra al conocer al heroinómano Josu: entre los dos, y con un elenco de personajes secundarios magistralmente resuelto (el padre, la tía, el cura, las gemelas...), sueñan y actúan, en una extraña mezcla de precoz melancolía y audaz decisión que les mantiene unidos y cómplices a lo largo de una narración no lineal, felizmente digresiva, rota pero no invertida, pues su columna interior es esa amistad tierna y ruda a la vez, inesperada pero sólida, desigual pero sincera. Estrictamente inolvidable. |